

padre Clavér hizo mas de mil veces , hacia todos los dias , y cien veces al dia , lo que se admira en algunos Santos que se determinaron á aplicar una vez los lábios á las úlceras , con cuyo aspecto se habian sentido removidos. Para limpiar bien aquellas úlceras horribles aplicaba á ellas la boca y la lengua despues de haber quitado la inmundicia que tenian en los bordes , y de este modo sacaba todo lo que podia retardar su curacion.

No se crea que procedia esto de una grosería que le fuese genial , pues era de una de las casas mas ilustres de Cataluña , y se habia criado con la delicadeza que se acostumbra entre esta clase de gentes. Dotado de un talento poco comun , de pensamientos elevados , de gran facilidad para el estudio y de mucha instruccion , hubiera podido aspirar á las dignidades mas sublimes. Por consiguiente , su inclinacion á la humildad y á aquella mortificacion prodigiosa , y en cierto modo contraria á la naturaleza , no fue efecto de su índole , sino enteramente obra de la gracia. Para manifestarlo permitió el cielo que un dia experimentase la naturaleza lo que en medio de unos egercicios tan penosos podian por sí solas sus propias fuerzas. Habiendo llamado al padre un comerciante para que confesase á uno de sus negros , halló al enfermo tendido en un rincon , adonde le habian echado para que no inficionase á los demás. Estaba tan cubierto de pus y de podredumbre , que mas bien parecia un cadáver ya corrompido que un hombre vivo. El comerciante y otros cuatro españoles

acompañaron hasta cierta distancia al confesor para ver los efectos de su caridad singular , de la cual habian oido hablar. Al mirar aquel objeto espantoso se sintió horrorizado el misionero , y su primer movimiento fue volverse atrás ; pero en el mismo instante , avergonzado de su cobardía , se fue á un lugar retirado , se dió una fuerte disciplina , volvió despues adonde estaba el enfermo , se acercó á él de rodillas , le besó las úlceras una por una , deteniéndose en las mas asquerosas , le confesó y se estuvo con él un largo rato para consolarle.

No hay que preguntar si los penitentes de tal confesor abrazaban las máximas que les inspiraba. No habia corazones tan endurecidos , ni pecadores tan desesperados que se resistiesen á la eficacia de sus palabras. Habian puesto en el lazareto á un hombre que padecía un mal estraordinario y enteramente desconocido. Parecia que se le iban á saltar los ojos ; se le ponian rígidos todos los miembros con una violencia espantosa , y mas bien parecia un demoníaco que un enfermo. Fueron inútiles cuantos remedios naturales y sobrenaturales se hicieron. Si le hablaban de confesion respondia con injurias. Si le presentaban un Crucifijo volvia la cabeza como desesperado. Presentóse el padre , y apenas dijo algunas palabras , cuando el enfermo , tan manso como un cordero , pidió los sacramentos ; los recibió con grandes muestras de arrepentimiento , y perseveró hasta el último instante de su vida en las disposiciones de una alma sólidamente convertida.



Habia en el mismo parage un enfermo inquieto, agitado, taciturno, abismado en un humor hipocondríaco y que no queria que le hablasen de confesion ni de religion. Era un fraile apóstata, que, despues de haber desempeñado con honor las mejores cátedras, se habia abandonado á un libertinage escesivo, continuando en él por espacio de muchos años. Entre todas las conversiones era ésta sin duda una de las mas dificiles. Pero á nuestro santo confesor no le costó mas trabajo que las otras. El apóstata fue ya un penitente tan contrito, tan animoso y humilde, que en todas partes se acusaba públicamente de haber sido el hombre mas perverso, añadiendo que solo un santo podia haberle sacado del infierno. No fue éste el unico pecador obstinado á quien perdonó Dios por el ministerio del apóstol de los negros. Hubo otros muchos que, despues de cinco, siete y diez años de apostasia, y de todos los delitos que arrastra éste consigo, no pudiendo resistirse á la fuerza y uncion de sus palabras, volvieron á entrar penitentes en los claustros, donde fueron modelos de regularidad y de fervor.

Lo mismo sucedió con los malhechores condenados al último suplicio, y los mas opuestos á la confesion y á todas las señales de la religion; con los hombres mas endurecidos; con los hereges holandeses é ingleses que iban prisioneros de guerra á Cartagena de Indias; con los mahometanos; con los infieles, y con los blasfemos mas impíos. Cuando los demás sacerdotes de la ciudad no habian podido convertirlos,

se acudia al padre Clavér, el cual se prestaba á todo: le acompañaban siempre la gracia y el buen éxito, y consumaba por sí solo lo que todos los demás juntos no habian hecho mas que bosquejar. No bastaban para la inmensidad de su celo los trabajos que le ofrecia la ciudad. Los mismos prodigios obraba en las misiones de la campiña, trabajando sin interrupcion, no comiendo casi nunca durante el dia, y volviendo de noche á su convento se contentaba con un pedazo de pan de maíz, con algunas patatas asadas, ó con un poco de galleta, diciendo que estos alimentos eran los mejores para su estómago. Retirándose á su cuarto despues de estas fatigas se daba una fuerte disciplina; pasaba tres ó cuatro horas en oracion, y dormia un rato en el suelo ó encima de unas tablas envuelto en su capa.

Se le atribuyen muchos milagros; predicciones de los sucesos mas extraordinarios; todo género de curaciones, y resurrecciones de muertos tan justificadas que se insertaron en la causa de su canonizacion. Pero sin duda el mayor de todos sus prodigios fue el de su mortificacion; y como éste no es menos incontestable, por mas que parezca increíble, hace que se tengan por verisímiles todos los demás. ¡Cuántas cosas podriamos decir todavia de una vida que fue un tegido de toda clase de maravillas! Pero tememos interrumpir demasiado la relacion de los hechos que son de interés general para la Iglesia, si es que puede decirse que la hemos interrumpido presentando un objeto de identificacion, el cual no es menos honroso



al Evangelio que sus triunfos mas brillantes.

11. Tres meses despues de la muerte del Papa Inocencio X, le sucedió á 7 de Abril de 1655, con el nombre de Alejandro VII, el cardenal Fabio Chigi, natural de Sena, y descendiente de una casa ilustre de aquella ciudad. Tuvo á su favor los votos de todos los conclavistas, á escepcion del cardenal Rosetti, que le aborrecia de muerte. Jamás hubo Sumo Pontífice que recibiese con mayor modestia la adoracion del sacro colegio. Léjos de manifestar la alegría, que con dificultad se disimula en semejantes ocasiones, se mostró afligido y derramó lágrimas que se tuvieron por sinceras. Solo miraba el peso de la brillante carga que se le imponia; y el resplandor de la tiara que á tantos suele deslumbrar, no le ofreció mas que espinas. Sin embargo se familiarizó poco á poco con ella, y parece que con el tiempo se consoló de la afliccion que le habia causado.

12. En el primer año de este Pontificado abjuró la Reina Cristina de Suecia el luteranismo en Inspruck, adonde pasaba para ir á Roma, y volvió á abrazar de un modo brillante la antigua religion de sus padres. Nunca se habia creido en su reino que estuviese muy adicta á la creencia vulgar. En efecto, no estimaba tanto esta Princesa su país natal que adoptase sin exámen la religion que en él se profesaba, y tenia demasiada penetracion para que dejase de descubrir el vicio radical de la reforma que un pueblo, juguete de la ignorancia y de la seduccion, habia abrazado sin mas fundamento ni autoridad que

la palabra de un fraile apóstata. Por eso nunca hizo grande aprecio de ella; y aunque ya tenia veintiocho años cuando objuró el error, quiso manifestar al público que le habia renunciado desde que tuvo uso de razon (1). Así hizo que lo publicase Baile, para reparar la imprudencia que habia cometido este autor, suponiendo que era un resto de protestantismo una carta escrita por la Reina acerca del rigor con que Luis XIV trató á los hugonotes. Dificil es conciliar un testimonio tan auténtico con la certificacion citada por Baillet, en que se dice que la Providencia se habia valido del filósofo Descartes y de su amigo Chanut para dar á Cristina las primeras luces, que se perfeccionaron despues con la gracia y la misericordia divina. Por el contrario, asegura Baile (2) que esta Princesa fue la primera que manifestó su desig- nio al jesuita Macedo que acompañaba al embajador de Portugal en su viage á Suecia: que le envió despues á Roma con una carta para el general de la compañía, á quien pedia dos jesuitas italianos, á fin de que la instruyesen en ciertos puntos que la causaban todavía alguna dificultad, y que en efecto los padres Malinas y Casate acabaron lo que habia principiado Macedo.

Antes de su abjuracion habia abdicado Cristina la corona á favor de su primo Carlos Gustavo, conde palatino de Dos-Puentes, y biznieto del gran Gustavo Vasa. Despues hizo muchos viages por Flandes,

(1) *Notic. de la republ. de las Let. Ener. 1687.*

(2) *Diccion. art. Maceda.*



Francia, Alemania é Italia; volvió á presentarse en Suecia, y por último se fijó hasta su muerte en la capital del mundo cristiano. Siempre se mostró muger de una capacidad poco comun; amante de los sábios; deseosa de adquirir conocimientos científicos, é instruida, á lo menos superficialmente, en todo lo que se sabia hasta entonces. Pero tambien se mostró desigual en su conducta, singular en sus inclinaciones y aun en su modo de vestir: afectaba los modales de los hombres; acusaba á la naturaleza de que se habia equivocado al formarla muger, y con esto la justificaba al mismo tiempo que procuraba desmentirla. Es enteramente inútil para nuestro objeto examinar si incurrió Cristina en las flaquezas de su sexo, pues se sabe que la Religion no decide siempre de las costumbres, y que no todo católico sincero es siempre perfecto cristiano.

13. Mientras que la luz de la fe triunfaba en el alma de Cristina de los errores groseros del norte, la secta aun mas absurda de los prédamitas iba formándose en el seno de la nacion mas cristiana é ilustrada. Fundado Isaac de La-Peirere, natural de Burdeos, en algunas palabras de la carta de San Pablo á los romanos, trató de probar que hubo dos creaciones de hombres: la primera al principio del mundo, cuando Dios, segun aquel visionario, crió á un mismo tiempo en todas las partes del mundo hombres y mugeres, de donde procedieron los gentiles; y la otra mucho despues, cuando crió Dios á Adan, para que fuese el padre de su pueblo particular, ó del pueblo judáico.

Era el principal fundamento de aquel dogmatizador este pasage mal interpretado: *Antes de la ley, existia el pecado en el mundo; pero no se imputaba el pecado, porque no habia ley.* Pretendia que estas palabras no podian entenderse de la ley de Moisés, supuesto que nos asegura la historia sagrada que el delito de Cain, el de los sodomitas y otros muchos, fueron castigados en aquellos primeros tiempos, y que así debian entenderse de una ley dada á Adan; de donde inferia que antes de Adan habia hombres á quienes no se imputaban los pecados. Como estas necias especulaciones interesaban poco á las pasiones humanas, no hicieron grandes progresos; y el mismo La-Peirere, á los dos años de haberlas publicado, las abjuró á los pies de Alejandro VII.

14. No sucedió así con las visiones de Jorge Fox, que abandonado en Inglaterra al espíritu de eisma y de delirio, dió origen por el mismo tiempo á la secta insensata de los cuakeros ó tembladores, los cuales le calificaron de apóstol de primer orden, y de glorioso instrumento en las manos de Dios. Este vil artesano de la aldea de Dretton, en el país de Leicester; destituido de todo talento para las ciencias; sin saber hablar bien su lengua nativa, y siendo juguete de su imaginacion desarreglada y de su humor melancólico, salió de repente de su tienda, y dijo que le habia suscitado el cielo para reformar el género humano. Anunciaba con ademanes y tono de profeta que todos los hombres habian abandonado los caminos de Dios y atentado contra la sana doctrina y las buenas



costumbres. La singularidad de este hombre produjo un concurso numeroso, y entre unos pueblos que no tenían ninguna idea fija en materia de religion, no tardó el iluminado en hallarse con bastantes prosélitos para formar una secta. Animado con tan felices principios, y tratando ya solamente de consolidarlos, hizo que se mirasen sus delirios como revelaciones; sus convulsiones como raptos estáticos, y publicó curaciones milagrosas, que, segun él decia, habian sido efecto de sus oraciones.

Siguiendo su egemplo todos aquellos fanáticos, se creían órganos del espíritu de Dios, y de en medio de sus juntas, cuyos ritus se reducian á un triste silencio esperando la efusion del Espíritu Santo, se levantaba un hombre, una muger ó un niño para anunciar las órdenes del cielo, y eran oidas con respeto. Margarita Fell, esposa de Fox, fue uno de los personajes mas célebres de la secta por sus predicaciones. Estos predicadores de ambos sexos, y de todas clases y oficios, entraban con insolencia en los templos, donde interrumpian á los predicantes ordinarios; publicaban una doctrina contraria, y alborotaban al pueblo contra los ministros; hubo algunos que corrian por las calles y por las plazas públicas vestidos con trages ridículos, afectando una voz lúgubre, dando á las veces gritos y alaridos espantosos, desacreditando á los magistrados y pronosticando la próxima ruina del reino. Se contentaba el gobierno con mandar que se los prendiese y encerrase como á maniáticos, y los ponía en libertad cuando daban

palabra de moderarse en lo sucesivo. Sin embargo, mandó que fuese azotado como blasfemo uno de ellos llamado Tailor, pues habia tenido la impiedad de permitir que el populacho que iba en pós de él le calificase de Rey de Israel, de sol de justicia, de hijo único de Dios, y que al entrar en Bristol, gritase en su presencia: *Hosanna, hijo de David.*

Hizo este partido fanático unos progresos considerables, porque no solo le adoptó la plebe ignorante, sino tambien muchas personas bien acomodadas, de ilustre nacimiento y de una instruccion mas que regular. Guillermo Pen, entre otros, hijo de un vice-almirante de Inglaterra, y mucho mas distinguido por su talento que por la nobleza de su familia, abrazó la secta, la protegió con ardor y alcanzó, á favor de ella, la tolerancia que no habia podido conseguir hasta entonces. A este fin publicó muchos escritos en que insistia fuertemente en el dogma de la tolerancia universal, la cual no tenia ya limites entre los vasallos de los estados británicos, sino con respecto á la religion de sus padres. Fue un poderoso motivo de seduccion la incorruptible probidad que afectaban aquellos sectarios; el espíritu de concordia y de fraternidad que hacia comunes todos sus bienes; la sencillez de sus modales, de sus mesas y de sus vestidos. Eran notables por la severidad del semblante, y por la gravedad y lentitud de sus discursos, con la que pretendian mostrar el horror que tenían, no solo á la mentira, sino á cualquier palabra dicha con menos reflexion. El uso del juramento estaba



absolutamente prohibido entre ellos, y condenaban en general toda guerra como un furor mas propio de las bestias feroces que de unas criaturas racionales.

Querian que todas las cosas fuesen comunes entre los hombres; que un hombre no pudiese tener autoridad sobre otro; que á nadie se diese el nombre de amo ó de señor; que para saludarse no se quitase nadie el sombrero; que se tutease á todo el mundo, y no se usase de ningun título de honor. En cuanto á la fe, desechaban todas las oraciones públicas; todo culto esterno; todos los sacramentos, y seguian los principios ó la práctica de los anabaptistas con respecto al bautismo. Sostenian que el alma es una parte ó porcion de Dios; que Jesucristo no tiene otro cuerpo que el cuerpo místico ó la Iglesia; que somos justificados por nuestra propia justicia, y que no hay que esperar otra vida ni otra gloria que las de este mundo. Llegó el fanatismo de algunos de ellos á darse el nombre de Cristo y de Dios. Todos pretendian que cada uno tiene dentro de sí mismo suficientes luces para entender la Escritura y dirigirse así por los caminos de Dios. Por este nuevo rasgo se vé con evidencia que esta nueva secta de anabaptistas, debe su origen, del mismo modo que la primera, á la desgraciada reforma, en la cual el sentido particular es el intérprete de los libros sagrados y el árbitro supremo de la religion. La apología de los cuakeros hecha por Barelayo prueba únicamente las variaciones y contradicciones de las creencias que tienen por

guia este sentido particular. Para confusion del entendimiento humano se han propagado hasta nuestros tiempos estos sectarios extravagantes, y hay muchos en Holanda, en Inglaterra y aun en el Nuevo-Mundo, especialmente en Pensilvania.

15. Los novadores de Francia, mas circunspectos en su modo de proceder, caminaban en derechura al fin que se habian propuesto, esto es, á la ruina de la tradicion, y por consiguiente de casi toda la fe cristiana. A esto se dirigian dos cartas publicadas entonces por el doctor Arnaldo para persuadir que la infalibilidad de la Iglesia no se estendia al sentido de los autores de que pretendia juzgar: dos documentos capitales en la historia del jansenismo, y tan famosos como lo fueron antiguamente tres capítulos en la historia de los nestorianos. Habiendo llegado Arnaldo á la edad de cerca de cuarenta años, y hallándose revestido de toda la autoridad de un gefe de partido, permanecia no obstante en silencio, aunque habian pasado como unos dos años desde que Inocencio X espidió su constitucion; ó á lo menos no sonaba su nombre en las obras publicadas para librar del anatéma el libro de Jansenio. Por último rompió el silencio, ó dejó de estar incógnito, publicando una carta, de que se confesaba autor, la cual iba dirigida á una persona ilustre, con motivo de haberse negado la absolucion al duque de Liancourt en la parroquia de San Sulpicio. Habia creído el confesor que no podia portarse de otro modo, aun con respecto á aquel penitente distinguido, á no ser que